

Todo ha sido consumado. Elvira Madigan cerró la puerta de la casa y acompañó a Evelyn Matt hasta su automóvil.

–Gracias por tu ayuda, Evelyn.

–Espero que hayas quedado contenta, quizá con más tiempo se hubiera conseguido un precio mejor; esta zona de Balzac está un tanto deprimida.

–Creo que está bien.

–Así que te vas...

–Termino unos trámites con la cuestión de mi retiro y estaré volando en unas dos semanas.

Evelyn Matt no alcanzaba a entender aquella decisión.

–Sé que es algo personal, disculpa si te parece entrometido, pero, ¿por qué irte?

–Después de tantos años fuera me acostumbré a otro tipo de vida.

–Comprendo –dijo Evelyn en un tono que evidenciaba lo contrario–. Bueno, suerte, donde quiera que vayas.

Evelyn retiró el cartel de *For Sale* de Matt's Estate Agency y encendió el motor. Elvira Madigan la vio alejarse, retrocedió a la entrada, pero al llegar a la puerta titubeó. Nada de nostalgias. Esta casa cumplió su misión. Todo lo que debía ocurrir en ella ya ocurrió. Por la tarde viajó a Toronto y se dirigió al apartamento de Louise Alcott, su amiga de secundaria, que enfrentaba un divorcio después de veintidós años de matrimonio sin hijos. Louise no había regresado del trabajo y se sentó en la sala a hacer unas llamadas mientras la esperaba. Tenía pensado invitarla a cenar fuera para agradecerle la generosidad de alojarla durante los días en que resolvía los detalles de su viaje. Louise tampoco entendía las razones. ¿Volver a ese país en el que nada bueno te ha sucedido? Quédate aquí, al fin y al cabo estás en casa. ¿Qué tienes allá? La desaparición de mi hijo, contestó Elvira interiormente, pero no quiso decirlo en voz alta porque sonaba demasiado siniestro.

–No me siento ya en casa, en realidad todo ha cambiado demasiado. Creo que con la pensión de retiro adelantado podré vivir mejor allá; el único compromiso es que debo residir en Canadá al menos noventa días al año, cosa que haré de junio a septiembre. El frío me resulta ahora insoportable. Y con eso y la consulta que pueda rehacer estaré mejor que aquí.

–También puedes rehacer una consulta en Toronto, ahora hay muchos emigrantes hispanohablantes, eso te agrega un valor especial.

Continuaron cenando en silencio. Era un pequeño restaurante griego frecuentado por los habituales del barrio.

–Me encanta el *feta* –dijo Louise para volver a la conversación–, y, por cierto, qué has sabido de Bob. ¿Cómo le va con su restaurante francés en Montreal?

–Creo que bien, hablamos por teléfono hace unas semanas y sonaba muy contento.

– ¿Y qué hay de Scott? –Elvira no quería hablar de su ex marido y pensó que era mejor mover el foco de atención hacia los problemas de Louise.

–Todos los días decide algo distinto. Está volviendo loco al abogado, y a mí de paso. Un día quiere acordar la mitad de la casa, otro piensa que él se queda con la casa y me deja una pensión, a la mañana siguiente considera que lo mejor es que yo me quede con la casa y le pase la pensión a él. Creo que hay que esperar a que se tranquilice. Es estrés acumulado, me dijo el abogado, ocurre constantemente que las parejas pelean por los bienes materiales todo lo que se tragaron durante años.

Ambas rechazaron el menú de postres y discutieron un rato acerca de quién pagaba la cena. Elvira insistió en que era su invitación.

–Como en los viejos tiempos –dijo Louise–, cada quien su parte.

–Está bien –aceptó Elvira. Sabía que Louise no tenía otro modo de ver las cuentas.

Louise Alcott era la única amiga con quien había mantenido un cierto contacto durante los últimos años. Quizá porque sus padres fueron los mejores amigos de los suyos Louise la acompañó con todos los procedimientos de la funeraria y estuvo presente en ambos entierros. Los suyos también habían fallecido y tenía experiencia. Pero Louise le parecía ya muy lejana, como si hablaran dos chicas que murieron tiempo atrás, y constantemente tanteaban las frases, temerosas de no reconocerse, de herirse con algún comentario que resultara fuera de lugar. Eso era, había perdido los códigos de conversación. No podía decir que se identificara con los códigos venezolanos, los había aprendido y podía usarlos, pero no los sentía suyos. Y los viejos códigos de la chica de Calgary los recordaba sin tampoco sentirlos propios. Viviré sin códigos, basta con conocerlos. No es necesario tenerlos clavados en el corazón. El tema del regreso a Caracas había sido constante con Louise. Convencida de que el factor económico sería el más fácil de vender insistió en ello, aunque obviamente era un factor débil. Volver a Venezuela no le aseguraba ningún bienestar. Estaba decidida esta vez a tener una vivienda propia, pero ¿qué podría comprar con los treinta y siete mil quinientos dólares canadienses que quedaban de la venta de la casa, después de impuestos, tomando en cuenta que tendría que vivir un tiempo sin ingresos? Afortunadamente los ahorros de sus padres –el dinero “extra” que decía su madre– le habían permitido pagar los gastos de estos días y comprar el pasaje,

ahora solamente le quedaban unos doscientos que debía administrar con la mayor cautela hasta el día del viaje.

Tenía pensado llegar a un hotelito que estaba cerca de su antiguo apartamento; siempre que pasaba por delante lo miraba con horror, parecía un lugar abandonado desde su probable construcción en los años 70, pero seguramente las tarifas serían asequibles. Luego se pondría de inmediato en la búsqueda de apartamentos en venta, no tenía preferencia por ninguna zona en particular con tal de que estuviera cerca del metro y de negocios que le permitieran hacer sus diligencias a pie. Necesitaba dos habitaciones, la suya y la del consultorio, y le bastaba con un solo baño. No requería estacionamiento porque no pensaba comprar un automóvil. Algo aparecerá, no soy demasiado exigente. Le preocupaba, sin embargo, el costo de los electrodomésticos, quién sabe cuánto estará costando una lavadora.

Cuando llegó a Caracas, el año que había estado fuera le pareció un día. Quizá más deterioro, pero también yo estoy más deteriorada. Con gran precisión le dio las instrucciones al taxista y se vio frente al Hotel Guaire con dos maletas y un saco. Una vez en la habitación consideró que cualquiera fuese el precio era excesivo. Será por poco tiempo. Salió a la calle y compró el periódico para revisar los avisos clasificados.

Se despertó al día siguiente descansada, como si hubiera dormido por muchas horas en un maravilloso colchón, lo que no era el caso. Bajó a desayunar a la panadería y luego comenzó su búsqueda. La segunda visita fue suficiente. El apartamento cumplía todos los requisitos y lo único que necesitaba era una buena mano de pintura. La propietaria, una italiana que quería regresar a su país, estaba desesperada, tenía meses intentando venderlo. Aseguró que había sido muy feliz en aquella casa con su difunto marido y le daba dolor dejarlo, pero ya sus hijos se habían marchado a Italia y ella era la única que no había podido irse porque estaba amarrada a aquel apartamento, y con la situación (subrayó *situación*) no había logrado nada. Estaba sorprendida de que Elvira Madigan quisiera formalizar la venta lo antes posible, y, además, dispuesta a pagarle en dólares. La llamó varias veces al hotel para confirmar que su compradora era una persona real. Cuando firmaron le estampó un beso en los dos cachetes y le regaló un *panettone*, Elvira recibió las llaves como si le entregaran un sueño anhelado desde la infancia. La mujer le había dejado en premio una cama, dos sillas y la nevera, así que se mudaba de una vez. Cualquier cosa era mejor que el Hotel Guaire.

Hizo una lista de todos los artefactos que necesitaba y unas llamadas. Quería saber de sus antiguas amistades. Cristal y Mireya no vivían ya en el apartamento de antes; Judit Green había dejado de trabajar en la revista *Contemporary* y estaba

en Estados Unidos. Ingrid Horowitz se puso muy contenta cuando escuchó su voz, la había echado mucho de menos. Luego llamó a Boris Salcedo, el detective que la había ayudado cuando desapareció Tom.

– ¡Qué gusto tenerla por aquí de nuevo, doctora Madigan! ¿Viene por tiempo o de visita?

–Le doy mi teléfono para lo que se le ofrezca, en dos semanas reinicio mi consulta.

– ¿Sabe que ya tiene un paciente? Alida y yo nos divorciamos, me siento muy deprimido, creo que todo fue culpa mía, la cosa es...

–Que no tiene tiempo.

El comisario Salcedo se rió.

–Lo encontraré, se lo prometo.

Mientras Salcedo decide psicoanalizarse lo mejor será que vaya a la Embajada de Canadá. Todo es lo mismo de nuevo. Registrar mi nombre y anotarme en la lista de profesionales. Nada será lo mismo, de todas maneras. Ahora tengo que concentrar mi energía en conseguir pacientes lo más rápidamente posible. La italiana había sido mejor negociante que ella.